

Lun
1 Nov

Homilía de Solemnidad de Todos los Santos

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“La salvación es de nuestro Dios...”

Introducción

La festividad de Todos los Santos tiene honda raigambre familiar. El pueblo cristiano, la gente sencilla, los fieles de a pie... se sienten muy identificados con esta fiesta. Otras fiestas son de otros santos; ésta es de los nuestros. Esta es la fiesta propia. En ella se reivindica la santidad de nuestros antepasados, de los abuelos, de los padres, de nuestros mayores. Quizá por esto está pegada al Día de Difuntos.

Es el reconocimiento de una multitud inmensa de santos anónimos, no canonizados pública y oficialmente, pero cargados de vida evangélica, de experiencia de Dios, de sentimientos y obras de caridad y misericordia, de compromisos sostenidos con la justicia y la solidaridad especialmente con los más pobres y necesitados. Es el reconocimiento de la santidad presente en tantas personas que han reflejado en su vida el rostro de Dios, el hacer de Dios Padre de Jesús. No han tenido vidas notables. No han realizado obras espectaculares. No han hecho milagros. Han sido personas normales y corrientes: amas de casa y madres de familia, campesinos y obreros trabajando para sacar adelante la familia, religiosas o religiosos humildes en porterías conventuales o en puesto de misión, agentes de caridad y justicia, niños inocentes y a veces personas con vidas complejas y convulsas. Es la santidad dispersa y arraigada en la vida de cada día.

Esta fiesta nos obliga a revisar nuestras ideas sobre la santidad. Nos obliga a recuperar la memoria perdida de tanta santidad escondida detrás de esas vidas anónimas, que, según el Apocalipsis, son millones y millones. Es una fiesta propicia para renovar la profesión de fe en la comunión de los santos.



Fr. Felicísimo Martínez Díez O.P.
Convento Ntra. Sra. del Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quién es y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sagro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

La palabra "santidad" está desterrada del vocabulario civil o apenas tiene ya significado en él. Para la mayoría de las personas porque está asociada a vidas extrañas, comportamientos raros y hasta inhumanos, milagros inasequibles y a veces inútiles... Para esas personas el tema de la santidad es extraño e intrascendente. Aun se utiliza a veces la expresión "es un santo". Se dice de las personas que no tienen doblez ni retranca, que son justas, bienintencionadas y transparentes en sus palabras y en sus acciones, compasivas y misericordiosas, pacíficas y pacificadoras... A eso no se le llama sólo un buen comportamiento; a eso se le llama ser buenos de raíz, ser humanos a carta cabal. Pero apenas se relaciona esa santidad con la experiencia religiosa.

Si el término "santidad" ha desaparecido del vocabulario civil, quizás sea porque con el tiempo la santidad se desacreditó o fue sometida a numerosos malentendidos que es preciso deshacer.

La santidad oficial en la Iglesia quedó asociada a vidas heroicas y milagros espectaculares.

La inmensa mayoría de los cristianos se sienten distantes de estas metas. Las consideran propias de los santos canonizados, de la santidad que se ha puesto como regla y modelo para los fieles. Pero Dios, que mira en lo profundo, quizás nos invita en esta fiesta a considerar la otra cara de la santidad, la más genuina, aquella que brota del bautismo cristiano, aquella que explica que en la Iglesia primitiva todos cristianos fueran llamados "santos". Es una especie de santidad anónima, escondida en la vida ordinaria de las personas, encarnada en una existencia vivida con mucha fe y mucha humanidad. Es una santidad que da de sí sentimientos y actitudes de misericordia y compasión, que se concreta en obras de justicia, caridad y solidaridad. Porque así es Dios, el Dios cristiano, así actúa Dios y así quiere que sean y actúen quienes creen en él. Así es la santidad de Dios y así se refleja en sus santos. A estas personas están dirigidas las bienaventuranzas evangélicas.

La santidad quedó demasiado asociada a la conducta moral, a las virtudes heroicas, a la capacidad de sacrificio, a la perfección moral.

Pero las raíces de la santidad cristiana están más abajo, y tienen que ver con experiencias más teologales: las experiencias de fe, de esperanza y caridad. Esta santidad es compatible incluso con la fragilidad humana, con nuestra vulnerabilidad, incluso con la debilidad moral. Porque no es lo mismo portarse bien (perfección moral) que ser bueno (perfección humana y teologal). Bienvenido sea el buen comportamiento y la perfección moral, pero, si no son bien administrados, también pueden conducir a un cierto fariseísmo, a la dureza de corazón, a la intolerancia, a la amargura. Ser bueno –o ser justo y santo en el vocabulario cristiano– es otra cosa: es tener un corazón sano, misericordioso y compasivo, libre de raíces amargas, limpio de sentimientos inhumanos. De esto nos hablan las bienaventuranzas evangélicas. Charles de Foucault decía que su única misión en la vida era "ser bueno". Esta bondad de raíz es tan exigente que Jesús mismo llegó a afirmar: "sólo Dios es bueno". Nuestra bondad es siempre una modesta participación de esa bondad de Dios. Nuestra santidad es sólo un modesto reflejo de la santidad de Dios, el único Santo.

La santidad quedó demasiado asociada a los méritos de los santos.

Se llegó a presentar como resultado del esfuerzo y de la conquista humana. Pero no, la verdadera santidad cristiana es una gracia, es la obra que Dios hace gratuitamente en nosotros. Para que esta acción gratuita de Dios opere la santidad en nosotros, es preciso acogerla agradecidamente y ejercitirla responsablemente. Sólo Dios es santo, el tres veces Santo, el Santísimo. Su santidad es mucho más que un perfecto comportamiento moral con su creación, con sus criaturas. Su santidad es su mismo ser. Nuestra santidad es simplemente el reflejo de la gloria divina en nosotros, lo que Dios va poniendo en nosotros de bondad, de benevolencia, de misericordia. Nuestra santidad es el reflejo del esplendor divino en nosotros. Es el resultado de la benevolencia de Dios hacia nosotros, del amor con el que Dios nos mira. No hallamos gracia a sus ojos por nuestros méritos, sino por su benevolencia, por su mirada misericordiosa. Esta mirada y esta acción de Dios sobre nosotros es lo que pone en nosotros santidad. Por eso la santidad no es nuestra, es de Dios. Lo más que nosotros podemos hacer es dejar que la santidad de Dios se refleje en nosotros, que actúe en nosotros. Pero en todo caso, la santidad es gratuita, es un don de Dios, es la acción del Espíritu Santo sobre las personas.

De esta santidad han participado y se han nutrido todos los santos que recordamos y celebramos en esta festividad.

"Bienaventurados los pobres de espíritu..., los sufridos..., los que tienen hambre y sed de justicia...., los misericordiosos..., los limpios de corazón..., los pacíficos..., los perseguidos por causa de la justicia..." (Mt 5, 1-12)



Fr. Felicísimo Martínez Díez O.P.
Convento Ntra. Sra. del Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

Solemnidad de Todos los Santos - 1 de noviembre de 2010

Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron los discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirnos con ellos.